



La Piaf ha encontrado el amor, y mata con champán los «fantasmas» del pasado

ritmo. Unos eran partidarios del «twist» —«es más alegre, más dinámico, más divertido»—, y otros preferían esto. Pero, acabando con toda discusión, uno de los «bailarines» se salió de pronto, de la fila y dijo:

—Ni «twist», ni «rock», ni «madison», ni «demonios»...! Nada en el mundo como el baile normal de dos personas; como un chotis bien «marcao», por ejemplo... Lo demás, para juego de niños en el recreo de la escuela, bueno...

Y no hubo más que hablar.

### se ha casado la «mome» piaf

Me ha impresionado la boda de Edith Piaf. Me ha impresionado verla con una corona blanca sobre la cabeza, y saber que ha dado esas tres lentas vueltas alrededor del altar, según el rito ortodoxo. ¡Con qué adoración, con qué arrobamiento contemplaba al novio durante la ceremonia!

Se ha casado la «mome» Piaf. Aquella de la infancia terrible, aquella que cantaba en las oscuras callejas de París tendiendo después la mano para recoger una limosna, es hoy la señora Sarapo. Su jovencísimo marido ha hecho

declaraciones furiosas a la prensa francesa: «Sí, se equivocan quienes piensan que voy a casarme con Edith por su dinero y por su nombre. Está arruinada. Que todos se enteren bien de esto. Vivimos «al día». La última enfermedad acabó con sus ahorros. No tenemos nada, ni ella ni yo. Ahora empezamos juntos, empezamos de nuevo. Y la quiero. ¿Es que nadie podrá creerlo?»

Verdad o mentira, es bonito. Ya están casados. La «novia» regaló un precioso coche a sus suegros y los señores Sarapo ofrecieron a la célebre cantante una polvera maravillosa de madera de olivo, tallada por un escultor. La Piaf tiene una familia, una familia nueva, donde todos son más jóvenes que ella: hasta sus suegros... Que sea feliz. Lo merece. No sé si ustedes conocen bien la historia de esta extraña mujer, abandonada, casi recién nacida, por su madre; criada en casa de su abuela y alimentada con vino tinto más frecuentemente que con leche pasteurizada... Parece increíble y es la pura verdad. «Pudo haber sido una espléndida muchacha —dijo de ella un médico francés—. Pero esa cantidad de vino ingerida durante su infancia ha hecho que su cuerpo sea raquítico...» Si la Piaf conoce toda Francia, no es porque estudió geografía en una escuela. Es porque, durante diez años, acompañó a su

padre —titiritero— de pueblo en pueblo, de aldea en aldea. Actuaban en las plazas, o a la puerta de los cafés. El padre, haciendo equilibrios sobre una silla, y ella cantando cualquier cancioncita de moda. Luego, pasaba el platillo y recogía las perras que echaban los campesinos. Un día, en una de esas mil plazas de pueblo, después de una de tantas actuaciones, conoció a un niño de dieciséis años, que se llamaba Luis y no hablaba apenas. Y se escapó con él. Vivieron en París, en una buhardilla miserable. Trabajaban en una fábrica, a las afueras de la ciudad. Cuando ella esperaba su primer hijo —tenía entonces quince años— Luis la abandonó. Y aquella niña, Marcela —que moriría al poco tiempo— nació en una clínica gratuita para «madres solteras».

El resto, todos lo conocen: Maurice Chevalier la descubrió y dijo que sería la cantante de su época. Contratos importantes, mucho dinero —es una de las artistas mejor pagadas en el mundo—, empresarios que se la disputan, discos que se venden por millares. Pero, como ha dicho de ella la periodista Françoise Giroud, «si es célebre y envidiada, la vida no olvida presentarle, con frecuencia, su factura».

Es la imagen patética de la miseria, del dolor, del dramatismo. **SIGUE**

Marcel Achard me dijo un día:

—La imaginamos mejor en la cama de un hospital que un diván capitoné... Se viste en Fath, se riza el pelo, tiene un cocinero chino, vive en el Bois, lee a Homero. Pero el visón, en ella, se transforma en conejo. Los bucles le dan un aire de niño perseguido. El «chalet» del Bois parece un decorado de teatro que va a romperse. El cocinero parece un «extra» en una comedia... Y Homero la enseña que, nueve siglos antes de Jesucristo, los poetas también cantaban al dolor.

Hace menos de veinte días, asistí, en el Olympia, al debut de Edith con Teo Sarapo. Aparecieron, cogidos de la mano, vestidos de negro, y cantaron «¿Para qué sirve el amor?» Francia entera tiene ya este disco. En todas partes se oyen las dos voces, una preguntando —la de Teo—, otra contestando —la de Edith— qué es el amor... El teatro, sbarrotado, guardó un impresionante silencio. Ella es quien termina la canción, mirándole, y diciendo: «Eres el último. Eres el primero. Tú eres el amor. Eres lo que yo esperaba, lo que yo deseaba, cuanto yo necesitaba. Antes de ti, nadie. Después de ti, nadie. Tú eres el amor.»

Ya están casados. Pasaron la noche de bodas en la gran casa del Bois de Boulogne. Edith, días antes, había dicho a los periodistas: «Estoy viviendo en un hotel, mientras desinfectan mi casa de tantos fantasmas de amantes, de orgías, de drogas. Quiero borrar toda mi vida pasada. Un sacerdote bendecirá cada habitación... Y sólo volveré, con Teo, cuando estemos casados.»

A quien escribió una vez que la Piaf tenía sólo los aplausos para romper el espantoso silencio de su alma, yo diría que, hoy, tiene algo más. Tiene ese amor al que siempre ha cantado con voz dramática y apasionada, ese amor que le ha fallado durante su vida, una y otra vez, dejándola siempre sola. Esperemos que sea definitivamente, y hasta el final, feliz. Por ahora, sigue apareciendo cada noche en un escenario, de la mano de un muchacho alto, griego, que es su marido, y repitiendo:

«Tú eres el amor.»

A mí, esta pareja me inspira una extraña mezcla de ternura y de asco.

## **olaf de noruega en paris**

Una de las noches que más gustaron a Olaf de Noruega, durante su recientísima visita a París, fue aquella de la gran gala de la Opera, en que pudo admirar un «ballet» que, si bien tiene más de quince años, sigue siendo uno de los tesoros del repertorio moderno; «Les mirages», de Serge Lifar. El rey felicitó efusivamente a la rubia Claude Bessy, que había bailado para él, y, sin soltar la mano de la



Olaf en París. El rey de Noruega ha disfrutado, libre de la Corte, sus vacaciones

artista, dijo: «No, no he sido víctima de una ilusión óptica. Esta noche ha sido la apoteosis de mi estancia en París.»

La mañana en que llegó Olaf a la capital francesa, fuertes detonaciones hicieron vibrar los cristales de todas las ventanas del hotel donde yo me hospedaba. ¿Qué ocurría? ¿Otra vez los disturbios entre franceses y argelinos, otra vez bombas de plástico, otra vez metrallas en las esquinas? Al salir, camino de los Campos Elíseos, se nos aparece la ciudad engalanada profusamente con arcos y banderitas. «¿Savez-vous?» —explica el taxista—. «Tout ça, c'est pour le...»

—«¿Savez-vous?» —explica el taxista—. «Tout ça, c'est pour le «machin» de Norvège...»

(Todo esto es para el fulano de Noruega...)

Lo dice sin asomo de desdén ni hostilidad, sin querer dar a la cosa demasiada importancia, con irrespetuosa simpatía. Tal vez con cierta impaciencia, propia del «parigot» familiarizado con visitas de jefes de Estado que vienen a complicar el tráfico...

Durante la representación —en la noche de su estreno— de «Bodas de sangre», y mientras escuchábamos la famosa «Nana» —«Duérmete, clavel, que el caballo no quiere beber...»— un actor me dijo:

—Cuando tengas niños y quieras que se duerman pronto, cántales la «nana» como la estás oyendo cantar ahora...

...

¿Por qué los franceses acogen entusiasmados el debut de Gloria Lasso, después de dos años de ausencia, y dicen: "Menos mal que ha tirado por la borda esas horribles y vulgares canciones españolas, esas españoladas"?

...

La semana de cine argentino no empezó con buen pie. En sesión de gala, patrocinada por la marquesa de Villaverde y a beneficio de los